

que se piensa tener interes en hallarlo falso. Las preocupaciones se afirman y extienden, el ejemplo arrastra, y casi siempre domina á pesar del hombre mismo, por el principio de la autoridad, que ataca cada uno sobre la conviccion fingida de otro. Tal es en compendio la historia de todas las rebeliones contra la verdad; se duda, porque otros dudan; se niega, porque otros niegan; y porque acomoda el negar y el dudar. Con todo eso al primer momento se conoce la necesidad de llenar el vacio que dejan los simbolos creidos, ya desechados; se quiere todavia creer, y esto necesariamente, porque la fe está en la naturaleza del hombre, y no se camina, sino por grados, á la incredulidad absoluta. Por lo mismo, se abrazan con ansia las apariencias de verdad que se presentan; y se adhiere á ellas con una obstinacion vehemente, como se asen tablas en un naufragio; y la ciega persuasion del error, produce el fanatismo de la conducta. Pero cada error no tiene mas que un tiempo, y este aun es muy corto, porque los errores no pueden fijar su morada en la razon humana; viven allí, si me atrevo á decirlo, como

en una tienda; porque se pasa siempre de un error á otro, hasta pasarlos y apurarlos todos. Entonces, mas antes que volver á buscar la verdad que se teme, se toman contra ella las armas de la ignorancia, de la distraccion y del olvido. Una voluntad perversa la destierra severa del entendimiento, se la trata como á los proscritos, á quienes no se podria convencer de criminales ante la ley, y á quienes un tirano envidioso hace, que vivos, desaparezcan de la sociedad.

Cuando llega un pueblo á este estado de indiferencia absoluta para con la verdad, está sin duda muy próximo su fin. Este es el signo menos equivoco de la decrepitud de las naciones. Considerada su apática negligencia se parecen á un viejo que perdió la memoria, que nada queda por destruirse en él sino algunos órganos gastados, cuyas causas naturales acaban de día en día de completar la descomposicion total y lastimosa. Objeto de compasion y desagrado, aun para los niños, á quienes un noble instinto impide reconocer al hombre, donde ellos no ven ya el pensamiento humano, vésele arrastrar torpemente

un resto de vida material; y, sin deseos ni recuerdos, sumirse poco á poco en la muerte.

Sin duda depende de los gobiernos precaver esta disolucion terrible; protegiendo contra los ataques de las pasiones las doctrinas vitales, manantiales del vigor y de la energía que se dejan ver en algunas sociedades. La autoridad lo puede todo, tanto para el bien, como para el mal; porque, para lo uno y lo otro, no se puede obrar sobre los pueblos, sino por medio de la autoridad; y la autoridad general, siendo lo que debe ser, prevalece siempre, y necesariamente sobre las autoridades particulares, en el caso que intentasen pervertir el orden, ya por la fuerza manifiesta, ya por las opiniones, medio mucho mas peligroso: y esta misma es la razon de la permanencia de la sociedad religiosa, cuya autoridad general, en virtud de la proteccion divina, está defendida de los errores y de las debilidades, á que se halla sujeta la autoridad en la sociedad política. Pero los gobiernos favorecen, á lo menos por su ejemplo, la licencia de los pensamientos, lejos de refrenarla cuando todavía era tiempo de atajar sus progresos. Ellos son los

primeros que dejan de creer, y la irreligion parte del mismo poder, ó de sus inmediateciones, para difundirse de unos en otros, hasta llegar á las últimas clases de la sociedad. El pueblo, mas adicto á sus creencias, porque tiene menós motivos para desear que sean falsas, resiste largo tiempo á la influencia de las clases superiores. Él defiende con su conciencia su fe, atacada por el ingenio, y la rodea en el fondo de su corazon con una barrera sagrada, que forman sus consuelos y sus esperanzas. Mas cuando el pueblo sucumbe una vez, cuando á fuerza de corromperle se han mudado sus intereses; cuando los vicios mas hediondos son ya, como sus costumbres, sin que el remordimiento turbe su sueño; cuando los premios y las penas de otra vida no le parecen mas que ilusiones pueriles; si ya ha perdido en su concepto la Religion sus terrores, y si ademas ignora los dogmas y los preceptos; cuando se sonrie de lástima al oír el nombre de Dios; entonces, me pregunto yo á mí mismo temblando, si hay un medio humano de atraer á un pueblo tal á la creencia de la verdad, y á la práctica de la virtud; me pregunto, si se pueden aun for-

mar hombres de estos seres degradados, y no me atrevo á decidir.

Es de advertir, que deben excluirse del número de los indiferentes reales, muchos de los que afectan esta desgraciada pretension; porque, para el que no sea ni estúpido, ni groseramente ignorante, no es tan fácil, como podria pensarse, el que sea indiferente sobre la Religion, que se halla en todas partes, á cada instante, en nosotros y fuera de nosotros; y que por do quiera forma nuestro tormento ó nuestro consuelo. Por esto la Religion no es indiferente á esta clase de filósofos, que esforzándose en otro tiempo por borrar hasta el nombre, demolieron sus templos y degollaron sus ministros. El odio, el odio implacable, tal es el sentimiento que anima á estos apóstoles de la impiedad, cuyo fanatismo sacrificaría la sociedad entera al triunfo de sus principios desastrosos. Por cierto, es necesario compadecerse de estos insensatos, sellar con la marca del horror sus máximas; pero no se debe intentar curarlos por el discurso: hay en ellos un exceso de delirio que impide toda discusion. No es á estos hombres exaltados,

á quienes se dirigen las reflexiones que siguen. La verdad para conocerse, requiere un espíritu mas en calma, y sobre todo un corazón susceptible, y aun franco á sus impresiones.

Existe una clase de indiferentes, que no tenemos intencion de combatir, quiero decir, la de aquellos Cristianos débiles, que, seducidos por los placeres, distraidos por los negocios, ó subyugados acaso por el respeto humano, se abandonan al torrente del siglo, alejan de sus pensamientos las verdades importunas, sin revocarlas á duda, y en su inconsecuencia no están ligados á la Religion sino por una fe estéril, y por un remordimiento desfallecido. ¿Qué se dirá á estos desafortunados? Ellos se condenan á sí mismos. Su razon no se rehusa á alguna confesion. No es allí, donde se asienta el mal. No necesitan que se les convenza, sino que se les conmueva, que sean justamente atemorizados de la suerte que les espera, seria necesario infundir temores en su conciencia adormecida, y despertarla al ruido formidable de las venganzas de Dios, cuya paciencia cansan, y atormentan la misericordia.

No es esta nuestra tarea. No intentamos en

este ensayo tratar, sino de los indiferentes sistemáticos, ó de los filósofos negligentes, quienes, á fuerza de haber oido repetir, que todas las religiones son indiferentes, las desprecian todas sin conocerlas, rehusan examinar si hay una verdadera; avergonzándose hasta aun de pensarlo, y que sobre la fe ciega de una preocupacion absurda, imaginan, consiste la suma sabiduria en no inquietarse del porvenir, vegetar en un olvido profundo del primer deber de una criatura racional, cual es el instruirse de su último fin, de su origen, y de sus destinos. Lo que uno mira como indiferente, parece algunas veces de un muy grande interés, segun el número de conocimientos y de luces de cada uno. Puédese asegurar, que la indiferencia verdadera es capaz de variar hasta lo infinito. Ella ofrece variaciones tantas y tan diversas, como hay no solo de individuos, sino de grados diferentes en el progreso de la inteligencia, diversidad de combinaciones, pensamientos y situaciones del alma en cada individuo.

Con todo eso la indiferencia, considerada no en los hombres, sino en las doctrinas, se reduce

á tres sistemas, entre los cuales, por necesidad, debe adoptarse uno, luego que se sale de la verdad católica; porque no se la puede atacar sin negar, ó la autoridad de la iglesia, la de Jesucristo ó la de Dios; tres grandes destrucciones, ó errores, que constituyen la heregia, el deísmo y el ateísmo.

Dividiremos, por tanto, en tres clases los indiferentes dogmáticos. La primera comprende, á los que no viendo en la Religion, mas que una institucion política, no la juzgan necesaria, sino para el pueblo. La segunda se forma de los que admiten la necesidad de una religion para todos los hombres; pero que desechan la revelacion. La tercera, en fin, debe ser la de indiferentes moderados, que reconocen la necesidad de una religion revelada, pero permiten negar las verdades que ella enseña, á excepcion de ciertos artículos fundamentales.

Despues de algunas reflexiones sobre cada uno de estos sistemas, que serán suficientes para manifestar cuanto tienen de inconsecuente y absurdo, harémos ver en el último análisis, que todas vienen á concretarse en un solo punto, que es la indiferencia absoluta hácia la verdad,

en materia de religion. Nos dedicaremos á combatir esta indiferencia monstruosa, destruyendo los principios sobre los que el discurso trata de establecerla, de modo que todos los indiferentes, sea cual fuere la modificacion con que juzguen á propósito presentar su indiferencia, se hallarán refutados á un tiempo; pues lo que se diga de esta doctrina lo probaremos aplicable á todos ellos.

Suplicamos á todos, á quienes se destina esta obra, se despojen al leerla del espíritu de disputa. ¿Para qué seria bueno engañarse á sí mismo? La verdad no se destruye obstinándose en desconocerla; ella siempre queda lo que es, y le lega su dia tarde ó temprano. En este dia inevitable, ya muy próximo á nosotros, la vanidad de haber despreciado la luz será un consuelo muy efimero. Recibámosla contentos, de cualquier parte que nos venga. Hagamos el honor debido al entendimiento que se nos ha dado, elevándole hasta la contemplacion de la verdad eterna, infinita. Nuestra perfeccion consiste en conocerla, y nuestra felicidad en amarla. Criados para ella y para la inmortalidad, reflexionemos, que muy

luego nós faltará la vida, y que nos faltará para siempre; levantemos mas alto nuestras miras, y considerándonos viageros por un momento en regiones extrangeras, no usemos de nuestro miserable orgullo en persuadirnos, que no tenemos patria.